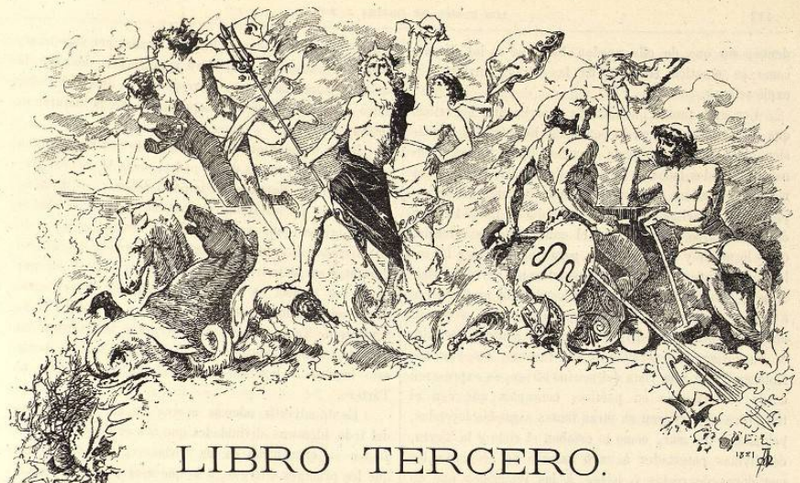

LIBRO TERCERO.

DIVINIDADES DE LAS AGUAS, DEL AIRE Y DEL FUEGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

NEPTUNO.

Caractéres de la MITOLOGÍA del mar. — Nacimiento de Poseidon ó Neptuno. — Poseidon segun la escuela histórica. — Es soberano del mar. — Su palacio. — Poseidon en la epopeya homérica. — Poseidon y las naves de Eneas. — *Quos ego...!* — Poseidon y Ulises. — Poseidon *taurino*. — El Tridente. — Poseidon, divinidad de los terremotos. — Poseidon *asphalion*. — Construye los muros de Troya. — Poseidon, dios de cuantas aguas fecundan la tierra; del mar, de los rios, de las fuentes. — Poseidon y Amymone. — Poseidon y la vírgen Tyro. — El caballo. — Leyenda de Pélops. — Desastrosa muerte de Enomaos. — El Delfin. — El cantor Arion. — ANFÍTRITE. — Contienda entre Poseidon y Apolo. — Juegos ístmicos. — Otras fiestas en honor de Poseidon. — Templos de Poseidon. — Culto de Neptuno en Roma — Representacion artística del dios.

CUANDO los primitivos progenitores de la raza europea dejaron los elevados llanos del Ásia Central para caminar hacia Occidente, llevarían consigo un cúmulo de ciencias y tradiciones religiosas más ó ménos adulteradas y corrompidas, que les sería comun con sus hermanos asiáticos los Aryas. Las gratas impresiones que producen en el ánimo el arrobador espectáculo de las esferas, el claro ambiente y los esplendores del sol, habríanles sin duda inspirado poéticos conceptos, en cuyas imágenes se hallarían como en gérmen contenidos los principales mitos que con el tiempo y el progresivo olvido de la verdadera nacion divina, habían de predominar en las vastas regiones occidentales. Pero así que en su incesante marcha llegaron á las riberas del Ponto Euxino y á las costas del Ásia Menor, descubrieron sus ojos maravillados un nuevo, extraordinario aspecto de la naturaleza; entónces el mar y sus magnificencias hubieron de inspirarles otra série de entusiastas imágenes, de mitos especiales, y por esto es opinion muy admitida entre los autores que la MITOLOGÍA del mar fué en gran parte originaria de Occi-

dente, sin que de ella puedan buscarse en los Vedas, como se practica respecto de las otras, analogías y explicaciones.

Con gran fuerza hubieron de experimentar las tríbus que se establecieron en la península helénica las impresiones del mar, ya que este elemento baña, abraza y penetra por todos lados el territorio de Grecia, de la propia manera que en un país cuyas distintas regiones vénse separadas por enriscadas cordilleras, hubo en todos tiempos de considerarse al mar como el camino por excelencia, como la mejor y más ancha vía para el comercio y las relaciones sociales. De ahí que navegantes por necesidad desde muy remotos tiempos viviesen los Griegos en frecuente é íntima comunicacion con el líquido elemento, y que su mudable aspecto, sus diversos colores y matices, lo grato de su sosiego, lo terrible de sus furores, los variados fenómenos que á la vista del marino ofrece, se expresasen desde un principio en poéticos conceptos que con el tiempo se convirtieron en otras tantas sagradas leyendas, poblándose el mar, como lo estaban el cielo y la tierra, de divinas potestades á cuyo amparo se acogieron los moradores de costas é islas. A las relaciones que de muy antiguo sostuvieron los marinos griegos con los otros pueblos de las playas mediterráneas, en especial con los Fenicios, pudo deberse seguramente la introduccion de algunos elementos extranjeros en la MITOLOGÍA helénica del mar; pero de todos modos tiénese por averiguado que tales elementos fueron pocos, y que esta MITOLOGÍA es, entre todas, la que lleva más profundamente impreso el sello de la gente griega.

POSEIDON (NEPTUNO) ejerce sobre todas las potestades del mar igual soberanía que Júpiter sobre las del cielo. Hijo de Cronos y Rea, como á sus hermanos quiso su padre devorarle; mas parece, segun queda dicho, que logró su madre librarle de tan desastrosa suerte, y cuéntase que en su lugar puso un potro que tragó Cronos sin advertir el engaño. En su descripcion de la Arcadia el grave Pausanias refiere de este modo la aventura: «Dicen los Arcadios que luego de haber Rea dado á luz á Neptuno, ocultólo en una majada donde fué criado por pastores, haciendo creer al esposo que un potro había sido el fruto de su embarazo, y dióselo á devorar, del mismo modo que despues, al nacer Júpiter, le presentó una piedra envuelta en pañales. Al comenzar el presente libro cada vez que me tocaba relatar esta clase de fábulas inventadas por los Griegos parecíanme soberanamente ridículas; mas ahora lo juzgo de muy diversa manera, y estoy persuadido de que los sabios de Grecia nos han transmitido con tales enigmas muy importantes verdades.»

Hijo Poseidon de Cronos como Zeus y Hades, obtuvo en patrimonio el dominio del mar espumoso, dice la *Iliada;* pero es de advertir que segun las tradiciones de la epopeya homérica, diferentes en esto de las hesiódicas, Poseidon, más jóven que Zeus, estaba sometido á la autoridad de su hermano primogénito; si alguna vez intentó resistirle, siempre hubo de acabar por someterse, desprendiéndose así más clara y precisa la idea de la absoluta supremacía que correspondía al dios del cielo, único señor soberano é independiente de la naturaleza entera.

En la division que los tres hijos de Saturno hicieron entre sí de los estados de su padre, decía la escuela histórica, obtuvo Neptuno el imperio del mar, es decir de las costas y de las islas. Cuenta de él Diodoro haber sido el primero que se lanzó al mar con el aparato de una armada; dice que á sus órdenes estuvo la de Saturno y Júpiter en la guerra de los Titanes, y llega á suponer que á su pericia se debió principalmente la victoria. Rechazados, añade, aquellos enemigos á las tierras occidentales de Tartesio (España), Neptuno los estrechó en ellas de tal modo que fuéles imposible salir de allí, dando esto lugar á la leyenda de que habían sido lanzados al Tártaro.

Es de advertir ademas acerca de las muchas y no del todo idénticas divinidades que con el nombre de Poseidon se encuentran en las varias regiones de Grecia, que los primeros Griegos, á lo que aseguran los antiguos autores de la propia escuela, llamaban con dicho nombre á todos los príncipes extranjeros que llegaban por mar á sus playas, que reinaban sobre islas, ó habían adquirido celebridad por sus marítimas victorias.

Pero sea lo que fuere de ese conjetural sistema de reducir los dioses mitológicos á personajes históricos, para lo cual no es poca la inventiva que sus autores mostraron, dáse por cierto que el nombre de Poseidon equivale al sanscrito *idaspati* «señor de las aguas.» Es posible, pues, que en un principio no fuese más que un epiteto aplicado á la divinidad que amontona las nubes cargadas de lluvia y vierte sobre la tierra las aguas del cielo; con él se designarían aquellas mismas divinas funciones que tiempo despues se expresaron con la calificacion de *lluvioso* varias veces atribuida á Júpiter, pudiendo presumirse que al conocer los progenitores de los Griegos el mar trasladaron aquel nombre á la divina potestad que allí moraba, al soberano de lo que podía tomarse por excelencia como el reino de las aguas. Y este general significado del nombre de Poseidon viene en apoyo del carácter que, como verémos, le atribuían algunos mitos locales del continente griego, como era el de dios del elemento líquido en todas sus formas, del mar, de los rios que riegan y fecundan la tierra, y de las fuentes que brotan de su seno. Sin embargo, para los pueblos de las costas é islas, cuyas creencias vienen especialmente expresadas en los poemas homéricos, era Poseidon únicamente soberano del mar.

A él con preferencia invocaban aquellos moradores, aunque considerándole sometido á la suprema autoridad de Zeus; los Jonios le tenían por su dios nacional, y á él acudían navegantes y mercaderes pidiéndole feliz navegacion y buena suerte en los negocios. «Escuchadme

¡oh Poseidon! dice un himno órfico; tú, el de la cabellera mojada por las hondas saladas del mar; tú que eres arrastrado por rápidos corceles y tienes en la mano el acerado tridente; tú que moras en las inmensas profundidades del líquido elemento; rey de las olas, que cercas y estrechas la tierra entre tus aguas tumultuosas, que lanzas á lo léjos la espuma y guias tu veloz cuadríyugo por entre los marítimos escollos; dios á quien cupo el imperio de los mares, detente benévolo á la vista de la tierra, imprime buen rumbo á las naves, y favorecednos con la paz, la salud y los dorados dones de la riqueza.»

Era su morada brillante palacio en el seno luminoso de las aguas. En el canto XIII de la *Iliada*, Poseidon, que desde la más alta montaña de la verde Samotracia contemplaba los heróicos combates empeñados al pié de los muros de Ilion, se levanta de pronto, «y desciende con rápido paso de la escarpada cumbre. El monte y la selva tiemblan bajo las plantas inmortales del dios que se adelanta; da tres pasos, y al cuarto llega al término de su camino, á Agæ, donde en el fondo de los mares se alza su magnífico y eterno palacio.» Los Griegos colocaban la vivienda de Poseidon unas veces en la costa de Acaya, otras en las de Eubea y Eolia, y otras en fin en Helike y en Lesbos. «Llegado allí, continúa Homero, unce al yugo sus caballos de férreo casco, de rápido vuelo y de abundantes y doradas crines. Reviste luego su armadura de oro, empuña una fusta maravillosamente labrada, y montando en su carro lanzólo sobre la líquida llanura. A su alrededor saltan los monstruos que á la proximidad de su soberano se apresuran á dejar sus oscuros antros para salir á su encuentro; el mar, como gozoso, ábrese al paso del dios, y el carro hiende veloz las aguas sin que una sola gota llegue á mojar su eje de bronce.»

Poseidon, en la epopeya homérica, es gran valedor de los Griegos y terrible enemigo de Troya, á la cual no ha perdonado aún el agravio que su rey Laomedonte le infiriera. Contaba la fábula que despues de haber peleado con divino esfuerzo en auxilio de Júpiter contra los Titanes á los que encerró en el Tártaro, cuya entrada cerró con cadenas y puertas de bronce; luego de haber acompañado á los dioses en forma de caballo cuando su retirada á Egipto, y de haber vuelto victoriosos los hijos de Cronos para dividir entre sí el imperio del universo, Poseidon, descontento de la parte que le cupiera, conspiró en union de otras divinidades contra Júpiter, y por ello fué condenado por el rey del Olimpo á pasar un año desterrado en la tierra. Entónces entró á sueldo de Laomedonte para construir las murallas de Troya, y concluidas que fueron, negóse el rey á lo pactado, conforme á poco explicará el mismo dios en el inmortal poema. Por esto persigue su implacable enojo á los descendientes del desleal soberano, por esto corre veloz á comunicar nuevo valor y brio á los guerreros de Grecia cuando los mira arrollados por el valeroso Héctor.

«Entre la isla de Tenedos y la escarpada peña de Imbre, sigue diciendo Homero, existe una vasta caverna abierta en lo más profundo del mar; llegado allí, pára Neptuno sus corceles, los desunce, preséntales la divina ambrosía, y ligando sus piés con trabas de oro inquebrantables á fin de que esperen quietos el regreso de su dueño, dirígese al campamento griego cuando los Troyanos, con indomable ardor, semejantes al incendio ó á la tempestad, seguían en apretados escuadrones las huellas de Héctor, impacientes por apoderarse de las naves y de inmolar en su postrer asilo á la hueste enemiga toda entera.» Con fuerte voz reanima Poseidon el abatido valor de los fugitivos; con su cetro toca á los guerreros difundiendo por todos sus miembros una fuerza divina; por todos lados inflama á las falanges fuertes todavía, y la lucha se empeña otra vez furiosa como nunca. «Intrépido había de tener el corazon quien viese sin turbarse la formidable pelea.»

«Los dos poderosos hijos de Saturno, divididos por encontrado interes, encendieron en el pecho de aquellos héroes terrible ardimiento. Por un lado Júpiter favorece á Héctor y á los Troyanos, no para causar la pérdida de los Griegos delante de Ilion, sino para más honrar á Tetis y á Aquiles, su magnánimo hijo. Por otro Neptuno ayuda á los Griegos con su presencia, y su derrota le enciende en indignacion contra el señor de los dioses. Aunque el orígen de los dos es uno mismo, Júpiter vió ántes que él la luz del dia; su ciencia es más vasta y profunda, y esto hace que no se atreva Neptuno á socorrer de un modo franco á los Griegos, y sí únicamente á alentarlos en forma mortal. Ambos dioses tiran alternativamente de la funesta cadena de la Discordia y los combates con que han enlazado á los dos pueblos, y esa cadena que no puede desatarse ni romperse, ocasionó la pérdida de innumerables guerreros.»

Bajo la apariencia de un viejo soldado Neptuno se coloca al lado de Agamenon, cuando éste lleva de nuevo al combate los destrozados batallones.—«Sabe ¡oh gran rey! díjole tomándole la mano, que no todos los inmortales han decretado tu ruina: en breve los príncipes y caudillos troyanos huirán, levantando nubes de polvo, léjos del campamento para guarecerse en Ilion.—Dijo, y lanzándose á la llanura profirió una voz terrible, semejante á los gritos de nueve ó diez mil combatientes poseidos de marcial encono; aquel acento llenó de indomable furor el pecho de los Griegos, y les inspiró ardiente resolucion de sostener sin cejar los más furiosos ataques.»

Júpiter se ha dormido entre los brazos de su esposa Juno en las risueñas florestas del Ida, y Neptuno, sin temor á su hermano, marcha entónces á la cabeza de los Griegos, resplandecientes de bronce. Lleva el dios en su potente mano inmensa, formidable espada; semejante al rayo nadie con él se atreve, y á su vista quedan los Troyanos helados de terror. Héctor cae herido al impulso de la enorme piedra que le disparara Ajax; los de

Ilion cejan, y Neptuno hace inclinar la victoria al lado de los Griegos.

«Corre, ligera Iris, dijo Júpiter al despertar, corre á ser cerca de Neptuno intérprete fiel de mi voluntad. Ordénale que abandonando el combate acuda á la asamblea de los dioses ó vuelva al profundo imperio del mar. De atreverse á desobedecer mis órdenes vea si por mucha que sea su fuerza podrá sostener mi terrible acometida. Nacido ántes que él, creo que le soy superior en poder, y sin embargo osa audaz compararse conmigo, delante de quien tiemblan todas las divinidades.

»Rápida Iris y dócil al mandato, desciende de las cumbres del Ida á los campos de Ilion. Como sale y se precipita del seno de las nubes la nieve ó el granizo al violento impulso de Bóreas que restablece la serenidad en los cielos, así era el raudo vuelo de la celeste mensajera. Deteniéndolo junto á Neptuno, le dijo:

»—Deidad de cerúlea cabellera, el señor de los dioses, en cuyo nombre vengo, manda que, dejando el campo de batalla, te dirijas al Olimpo entre los inmortales ó al hondo imperio del mar. Si su órden no es obedecida te amenaza Júpiter con venir él mismo á acometerte; su voluntad es que no le obligues á semejante combate. Por mucha que sea tu fuerza ha nacido ántes que tú; cree ser superior tuyo en poder, y sin embargo, no temes compararte con él, ante quien tiemblan los demas dioses!—¡Qué oigo! exclamó Neptuno, transportado de indignacion; su poderío conozco, pero mucha ha de ser su altivez para pretender que á la fuerza me incline ante su voluntad, yo que poseo rango igual al suyo. Tres hijos nacimos de Saturno y Rea, Júpiter, yo y el dios de los infiernos; el universo quedó dividido en tres imperios, y cada uno de nosotros obtuvo su parte. Agitada la gran urna de la suerte, fué la mia habitar las espumantes ondas; recibió Pluton el tenebroso reino, y fué dominio de Júpiter la inmensidad de los cielos, poseyendo los tres en comun la tierra lo mismo que el elevado Olimpo. No me someteré, pues, al querer de Júpiter, por eminente que su poder sea; estése tranquilo en su imperio y no piense asustarme cual si fuese yo una tímida deidad, hablándome de su fuerza y poderío. Conténtese con hacer uso de esas terribles amenazas al dirigirse á sus hijos, obligados á escuchar sumisos sus absolutos mandatos.

»—Dios de los mares, repuso Iris, ¿habré de trasladar á Júpiter estas palabras soberbias? ¿No querras en algun modo suavizarlas? Los pechos generosos no fueron nunca inflexibles, y bien sabes que existen Furias que vindican los derechos de la primogenitura.

»—Aprecio, Iris, la prudencia de tu consejo, contestó Neptuno. ¡Feliz aquel que los recibe buenos del mismo que le trae órdenes! Cuando ese dios, hecho por el Hado igual mio, me insulta con soberbias y amenazadoras palabras, no acierto á dominar la ira que de mí se apodera; y, sin embargo, indignado y todo como estoy, consiento en acceder á su deseo. Declaro sí, y esta amenaza nace de lo más íntimo de mi corazon, que si Júpiter, contra mi voluntad, contra la de Palas, la de Juno y la de otros muchos dioses, tiene resuelto salvar los muros de Ilion; si nada es bastante para moverle á destruirlos y á dar á los Griegos señalada victoria, sepa que le hemos de jurar todos implacable odio.—Y al decir esto abandona á los Griegos, y se hunde en lo más profundo del mar.

»...Ya Neptuno, para sustraerse á mi terrible enojo, dijo Júpiter, ha regresado á los marinos antros; si atrevido me hubiese hecho frente, todas las divinidades del Olimpo y hasta aquellas que en el Tártaro rodean á Saturno, habrían oido el fragor de la pelea. Más vale, empero, que la haya evitado temeroso de mi poder, pues la contienda no habría podido ser terminada sino con violentísimos esfuerzos. Toma mi égida de guerra, añadió dirigiéndose á Apolo, y sacudiéndola por los aires, siembra la consternacion entre los héroes de Grecia...»

Y cuando por haber salido Aquiles al campo de la lucha, despues del apartamiento en que le tuvo el agravio que Agamenon le infiriera, reunió Júpiter en consejo á los dioses, Neptuno fué el primero en interrogar con estas palabras al hijo de Saturno:—¡Oh tú, que fulminas el rayo, ¿por qué congregas otra vez á los inmortales? ¿Quieres, en fin, decidir la suerte de Troyanos y Griegos? Un nuevo combate se prepara, y todo anuncia los horrores de la matanza.

«—Dios que conmueves la tierra, contestó Júpiter, bien has penetrado el designio que me ha movido á reuniros. Aunque próxima á su pérdida, es todavía Ilion objeto de mis cuidados. En tanto que yo, en la cumbre del Olimpo, recrearé mi vista con el espectáculo de la batalla, descended vosotros todos entre los dos ejércitos y abrace cada cual el partido que mejor le cuadre, pues si llega el hijo de Peleo á campear sin rival por la llanura, ni un solo instante podrán los Troyanos resistir á su furia. Antes de ahora su sola presencia bastaba para turbarlos y ponerlos en fuga, y témome que, poseido de dolor é ira por la muerte de su amigo Patroclo, se lance á destruir á Ilion ántes de lo que el Destino tiene decidido.»

La gran batalla ha comenzado: Eneas, alentado por Apolo, se adelanta al encuentro de Aquiles, y Juno, que lo observa, reune á los dioses de su parcialidad.—«Neptuno y tú Minerva, dice, pensad en la catástrofe que se prepara. Ved á Eneas, cubierto de relucientes armas, adelantarse contra el hijo de Peleo, y es Apolo quien le excita al combate. Obliguémosle á volver á las filas, ó bien, á nuestra vez, póngase uno de nosotros al lado de Aquiles para sostener su fuerza y valor; sepa que los más poderosos dioses del Olimpo le consagran su afecto, y que aquellos que desean apartar de Ilion la guerra y el estrago se consumirán como hasta aquí en inútiles esfuerzos. Nosotros todos, valedores de los Griegos, hemos descendido de lo alto de los cielos para tomar parte en la pelea y preservar así á ese héroe de los inminentes peligros que han de rodearle, por más que le dejemos luego sufrir la suerte que le hilaron las Parcas cuando su madre le dió á luz. A no estar enterado de tal designio por una voz celeste, seguro es que habrá de sentir pavor cuando alguno de los inmortales le dispute la victoria; ¡tan formidable es su aspecto al presentarse en toda su majestad!

»—No excitemos ¡oh Juno! sin necesidad nuevas tempestades, contestó Neptuno, y no seamos nosotros los que demos á los dioses la señal de una lucha en que nos promete el triunfo nuestro superior poderío. Coloquémonos en ese montecillo para observar á las divinidades que nos son enemigas, y dejemos la Discordia para los míseros mortales. Si Marte ó el dios del dia comienzan el ataque, si se oponen al paso de Aquiles ó quieren encadenar su esfuerzo, entónces encenderémos la hoguera del más terrible combate, y espero que, subyugados por nuestra invencible fuerza, no tardarán en emprender hacia el Olimpo raudo vuelo buscando asilo en la asamblea de los inmortales.

»Y al decir esto, el dios de cerúlea cabellera guióles hacia el elevado reducto que los Troyanos, ayudados por Palas, construyeron en otro tiempo para servir de refugio al divino Hércules, en lucha con el monstruo marino que aquellas riberas desolaba. Allí se colocaron Neptuno y sus compañeros, rodeados de impenetrable nube, al tiempo que las divinidades propicias á Troya tomaban lugar en la cima del monte por el Simoés regado, alrededor de Apolo, dios de la luz, y de Marte, destructor de los muros; y así los dioses, divididos en dos grupos, deliberaban sentados sin dar comienzo al porfiado y terrible combate, á pesar de comunicarles Júpiter la señal desde lo alto de los cielos...

»—¡Oh suerte infeliz! dijo de pronto Neptuno á los inmortales que le rodeaban; con dolor veo que el generoso Eneas, derribado por los golpes de Aquiles, va á descender al imperio de las sombras, víctima de su temeridad, seducido por Apolo que lo abandona á la muerte. Pero ¿por qué ese piadoso príncipe ha de padecer la pena que sólo el culpable merece, él que cada dia presenta agradables ofrendas á los moradores del espacio inmenso del cielo? Salvémosle nosotros mismos para no incurrir en el terrible enojo de Júpiter. Es decreto del Hado que la raza de Dárdano, el más querido entre los hijos de aquel dios nacidos de mortales esposas, no desaparezca enteramente de la tierra; si la de Priamo ha perdido su amor, Eneas ha de reinar sobre los Troyanos, él y los hijos de sus hijos por los siglos de los siglos.

»—Poderoso Neptuno, contestó la altiva Juno, mira si te conviene salvar á Eneas, ó si, á pesar de su piedad, prefieres consentir en que perezca al hierro de Aquiles. Por lo que á Palas y á mí toca, comprometidas estamos por los juramentos más sagrados proferidos en presencia de los inmortales, á no arrancar jamas Troyano alguno á su pérdida, áun cuando Troya entera, abrasada por los héroes de Grecia, armados de devoradoras llamas, sea entregada á los horrores del incendio y caiga toda ella hecha pavesas.

»Aún hablaba y ya Neptuno corría por entre la encendida pelea y los zumbantes dardos, y llegaba al sitio del combate empeñado entre Enéas y Aquiles. Envuelve al héroe griego con densa niebla que le ciega, retira del escudo de Eneas la lanza que lo atravesara, déjala á los piés del hijo de Peleo, y levanta al príncipe troyano, quien, llevado por la mano del dios, deja atras en un instante las falanjes, los numerosos carros, y llega al postrer límite del campo de la ardiente batalla, donde los Caucones se estaban armando para acudir al combate. Una vez allí, dijo Neptuno al guerrero:—Eneas, ¡cuál divinidad te ha alucinado para medir tus armas con Aquiles, muy superior á tí en fuerza y más favorecido que tú por parte de los inmortales! No vuelvas jamas á enristrar contra él la lanza si no quieres anticipar el dia en que habrás de descender al reino de Pluton; cuando él haya sufrido el destino á que somete la Parca á los mortales todos, podrás correr arrogante á las primeras filas, pues cierto puedes estar de que no te arrebatará la vida otro Griego ninguno.—Dichas estas palabras le abandonó, quedando al propio tiempo desvanecida la nube que cegaba los ojos de Aquiles.»

No permanecen mucho tiempo los dioses pasivos espectadores del combate; á poco, ejerciendo en ellos su imperio la Discordia, respiran furor los corazones de todos y con tumulto horrible precipítanse unos contra otros. «El dios que hace vacilar la tierra, Neptuno, dirigióse al hijo de Latona y le dijo:—¿Por qué, ¡oh Apolo! tardamos nosotros en medir nuestras fuerzas? Indigno es de nuestro valor sosiego semejante cuando ya todos los dioses sostienen fiero combate, y el colmo de la vergüenza sería volver, sin haber peleado, al inexpugnable palacio de Júpiter. Comienza tú el combate, tú que cuentas ménos años, pues yo debo respétarme á mí mismo.—Temible Neptuno, respondióle Apolo, razon tendrías en llamarme imprudente si contigo entrase en lid á causa de los débiles humanos, que semejantes al follaje de las selvas, tan pronto están en todo su esplendor alimentándose con los regalados jugos de la tierra, como se marchitan y perecen. Renunciemos al combate, y quede patrimonio de los mortales la Discordia. — Y al decir esto retiróse por respeto al dios de los mares, al hermano de Júpiter.» (Homero).

Poseidon era mirado á veces como el dios de las navegaciones fáciles, como el que aplaca las olas y desvanece sus iras, y en este sentido le estaba consagrado el delfin, cuya aparicion es señal y promesa de bonanza y tiempo sosegado. «Advierte Neptuno que anda revuelto el mar con gran murmullo, ve la tempestad desatada y las aguas que rebotan desde los más hondos abismos, con lo

que, gravemente conmovido y mirando á lo alto, sacó la serena cabeza por cima de las olas, y contempló la armada de Eneas esparcida por todo el mar y á los Troyanos acosados de la tempestad y por el estrago del cielo. No se ocultaron al hermano de Juno los engaños y las iras de ésta, y llamando á sí al Euro y al Céfiro, les habló de esta manera:—¿Tal soberbia os infunde vuestro linaje? ¿Ya ¡oh vientos! osais, sin contar con mi númen, mezclar el cielo con la tierra y levantar tamañas moles? Yo os juro.. *(Quos ego...!)* Mas ántes importa sosegar las alborotadas olas; luego me pagareis el desacato con sin igual castigo. Huid de aquí, y decid á vuestro rey que no á él, sino á mí, dió la suerte el imperio del mar y el fiero tridente. Él domina en sus ásperos riscos, morada suya ¡oh Euro! Blasone Eolo en aquella mansion como señor, y reine en la cerrada cárcel de los vientos.—Dice, y áun ántes de concluir, aplaca las hinchadas olas, ahuyenta las apiñadas nubes y descubre de nuevo el sol. Cimotoe y Triton desencallan las naves de entre los agudos escollos; el mismo dios las levanta con su tridente y descubre los grandes bajíos y sosiega la mar, y con las ligeras ruedas de su carro se desliza por la superficie de las olas. Como muchas veces sucede en un gran pueblo cuando estalla una sedicion y se embravece el ánimo del

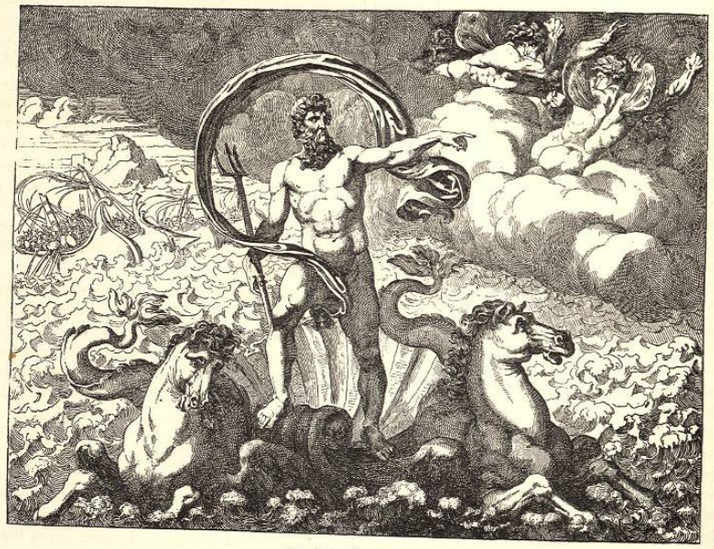

Fig. 389. — Quos ego...!

grosero vulgo, vuelan las teas y las piedras, y el furor improvisa armas, que si por ventura sobreviene un varon grave por su virtud y méritos todos callan y le escuchan atentos, y él con sus palabras compone las voluntades y amansa las iras; tal cayó todo el estruendo de las olas apénas el padre Neptuno, tendiendo á lo léjos la vista sobre el mar bajo un cielo ya sereno, da la vuelta á sus caballos y les larga las riendas, volando en su propicio carro.» (Virgilio).

Más adelante, cuando nuevos peligros amenazan á los Troyanos de Eneas, navegando entre mil azares por el imperio de Neptuno, Vénus, devorada por tristes cuidados, se dirigió al dios y exhaló de su pecho estas sentidas quejas:—«La terrible ira de Juno y su inexorable corazon me obligan ¡oh Neptuno! á descender á todo linaje de súplicas. Ni el tiempo ni la más acendrada piedad son bastantes á aplacarla, ni se doblega á la suprema voluntad de Júpiter ni á la fuerza de los Hados. No contenta con haber borrado de la haz de la tierra con sus nefandos odios la ciudad de los Frigios, y con arrastrar sus tristes reliquias por toda suerte de calamidades, todavía persigue las cenizas y los huesos de la destruida Troya. Testigo eres de la gran borrasca que recientemente suscitó de súbito en las olas africanas, mezclando el cielo y el mar, contando, aunque en vano, con las tempestades de Eolo: á tanto se atrevió en tu propio reino... ¡Oh

maldad! Há poco que valiéndose del criminal furor por ella infundido en las matronas troyanas, ha incendiado las naves de Eneas, obligándole, perdida una parte de su armada, á abandonar á sus compañeros en tierra desconocida. Dígnate, yo te lo ruego, dígnate conceder á los demas una navegacion feliz, y haz que arriben al laurentino Tíber, de ser tales cosas consentidas por los Hados y de estarles por las Parcas reservadas aquellas murallas.

»El hijo de Saturno, el domador de los profundos mares, contestó así:—Justo es, Citerea, que confies en mis reinos, de donde traes orígen, y á la verdad que yo lo merezco tambien, yo, que tantas veces he reprimido los furores del mar y la cólera del cielo conjurado contra Eneas, y que no he velado ménos sobre él en la tierra, como de ello son testigos el Xanto y el Simois. Cuando Aquiles, persiguiendo á los desalentados escuadrones troyanos, los impelía contra las murallas inmolando millares de guerreros y gemían los rios atestados de cadáveres, y el Xanto no podía abrirse camino para correr al mar, yo arrebaté en una hueca nube á Eneas, empeñado en lid con el fuerte hijo de Peleo, protegido por su mayor pujanza y por el favor de los dioses, y eso que yo habría deseado derribar hasta en sus cimientos los muros de la perjura Troya, labrados por mis manos. En los mismos sentimientos persevero aún con respecto á tu hijo: desecha todo temor. Como deseas, llegará seguro al puerto del Averno; sólo llorará á uno de los suyos, perdido en los abismos del mar; una sola vida se sacrificará por el bien de muchos.

«Luego que con estas palabras hubo sosegado el corazon de la diosa, unció Neptuno con arreos de oro sus fogosos caballos, púsoles espumosos frenos y les soltó las riendas. Vuela ligero por la superficie del piélago en su cerúleo carro; humíllanse las olas, la turgente superficie se allana bajo el tonante eje, y huyen del cielo las nubes. Acuden entónces á rodearle los varios monstruos que forman su cortejo, las inmensas ballenas, el antiguo coro de Glauco, Palemon, hijo de Ino, los rápidos tritones y todo el ejército de Forco; á su izquierda van Tetis y Melite, la vírgen Panopea, Nesea, Spío, Talía y Cimadocea.» (Virgilio).

Si alguna vez, segun acabamos de ver, dábase á Neptuno ese carácter benévolo y propicio era con más frecuencia concebido como un dios fiero, intratable y de terribles enojos. Su sombría cabellera teníase por imágen de las olas á las que imprime la tempestad un tinte negruzco; en la *Odisea* él es quien, para perder á Ulises, amontona las nubes, hincha las olas y desencadena los vientos. Los inmortales todos sentíanse movidos de compasion hacia el triste rey de Itaca; sólo Neptuno, en venganza de haber el héroe privado de la vista á su hijo Polifemo, le persiguió con odio implacable hasta el instante en que pudo volver á su tierra natal. Júpiter, á ruego de Minerva, rompe los lazos con que la ninfa Calipso le retenía cautivo en su isla; Ulises se lanza al mar en la embarcacion que él mismo construyera, y diez y siete dias llevaba de navegacion, y en el horizonte aparecían ya los altos montes de la isla de los Feacios, cuando desde las montañas de Solymé, Neptuno, que volvía de Etiopia cuyos moradores habíanle ofrecido el sacrificio de una hecatombe, divisó á lo léjos al héroe atravesando su imperio de las ondas. «A su vista crece el antiguo encono, y moviendo con aire amenazador la cabeza, deja escapar de sus labios estas palabras:—¡Cómo! ¡miéntras me hallaba en Etiopia han mudado los dioses, á pesar de mis decretos, la suerte de Ulises! Cerca está ya de la tierra de los Feacios que segun el Hado ha de ser el gran límite de sus prolongados infortunios: pero no ha llegado allá todavía, y en mi mano está el suscitar contra él nuevos daños y calamidades.

»Dijo, y al momento, reuniendo las nubes y empuñando su tridente, trastorna el imperio del mar, desencadena á la vez las tempestades de todos los opuestos vientos y envuelve en densas tinieblas la tierra y las aguas. A un tiempo se precipitan y enfurecidos combaten el Austro, el Euro, el impetuoso viento de Occidente y el helado Bóreas que barre las nubes y levanta enormes oleadas... Una más alta, más amenazadora que todas, embiste la navecilla por la popa, la arrolla, y, arrancando á Ulises del gobernalle, lo lanza al mar á gran distancia.» (Homero).

En la época de las guerras médicas atribuyóse á Poseidon la pérdida de la armada persa en las aguas del promontorio Sepias, donde se le tributaba especial culto. Los Jonios y los Atenienses le habían dedicado el mes de diciembre, fecundo en tormentas. En invierno la irresistible violencia de las encrespadas olas recordaba á los Griegos la impetuosidad del toro, su fuerza incontrastable, sus salvajes furores; de ahí el epiteto de *taurino* que daban á Poseidon y los combates de toros en su honor instituidos. Era fama que del seno de los mares acudían á su voz espantosos monstruos que lanzaba contra las inmediatas costas sembrando en ellas el espanto y la muerte. En las leyendas de Hércules y Teseo que á su tiempo referirémos, Poseidon es quien suscita el toro de Creta y el toro de Marathon; él quien envía el dragon que cumple contra el casto Hipólito la maldicion paterna, y á él en fin se atribuye monstruosa descendencia, como el cíclope Polifemo, el líbico Anteo, Busiris el Egipcio y otros séres gigantescos como las altas y violentas olas que mecieron su cuna.

Varios epitetos del dios demuestran la admiracion que en los Griegos primitivos despertara el espectáculo del mar que por todos lados baña y envuelve aquella tierra; absortos en su contemplacion parecíales que no sólo las islas, sino tambien el continente como inmensa isla, descansaba todo encima del mar y era por él sostenido. Poseidon era pues el dios *sostenedor*, el dios que sustenta la tierra como Atlas sustenta el cielo. En

las riberas helénicas, talladas por el mar ora con suave empuje abriendo ensenadas y trazando ondulantes playas, ora en ímpetu violento minando las acantiladas peñas, en todos lados veían impreso el brazo de Poseidon; el escollo de fantástica forma combatido por las olas, las rocas amontonadas en la costa, efecto era todo del divino tridente.

Este, ya fuese en su orígen el rayo de tres puntas de la divinidad del cielo, ya el arpon empleado por los pescadores del Mediterráneo, es el arma de Poseidon, su atributo necesario y emblema de su triple potestad sobre los mares, rios y fuentes. Con él hincha las olas y conmueve la tierra; á cada uno de sus golpes hierven las aguas, tiemblan los valles, estremécense las montañas, arrojan torrentes de llamas los volcanes y parece ser llegado para el universo el postrer instante. En el canto XX de la *Ilíada* del cual hemos traducido algunos pasajes, cuando los dioses se disponen para tomar parte en la gran batalla y Júpiter hace retumbar el trueno formidable en las alturas celestes, Poseidon, dice el poeta, «sacude la tierra inmensa desde sus cimientos hasta las más altas cumbres; la cordillera del Ida de innumerables fuentes se estremece y tiembla lo mismo que la ciudad de los Troyanos y la armada de los Griegos. Pluton, soberano del Averno, baja presuroso de su trono y profiere horrible juramento, temeroso de que Poseidon, hendiendo y quebrando la conmovida tierra, descubra á los dioses y á los hombres la horrible, desolada mansion que hasta los inmortales miran con espanto.» A Poseidon, á su enojo, atribuíanse pues los terremotos, y para aplacar al dios se recurría á sacrificios y á preces especiales.

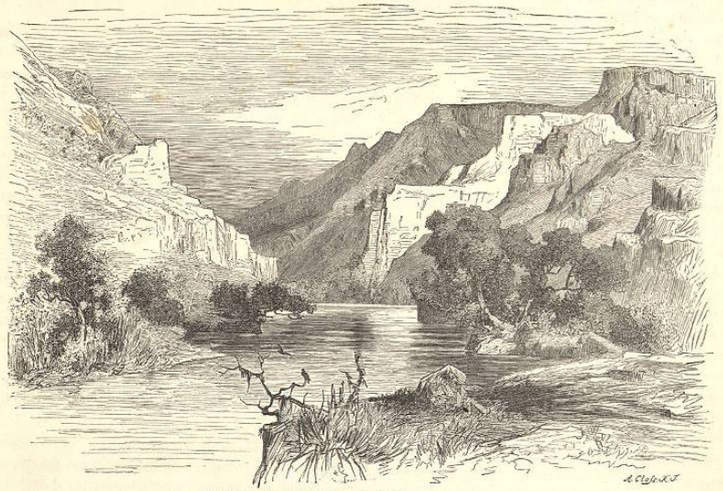

Fig. 390. — El valle de Tempé, el Olimpo y el rio Peneo.

Poseidon, apiadado de los dolores de Latona, fué quien arraigó en medio de las olas la isla de Delos hasta aquel dia flotante, y antiguas tradiciones recogidas por Calímaco, referían que las islas Cícladas y las Sporadas debían su orígen á espantoso cataclismo de que era autor Poseidon. «¿Contaré aquí cómo el poderoso dios, á impulso de su tridente, hendió los montes, los arrancó de sus cimientos, y precipitándolos al mar formó con ellos las primeras islas? ¿Referiré la manera como las fijó en el abismo por medio de raíces profundas á fin de que olvidaran su anterior asiento en el continente?» Así dice antiquísimo himno, y á las mismas tradiciones se referirá sin duda el relato que Ovidio atribuye al rio Acheloo. «Aquella isla que está algo separada de las Echinadas, trae muy gratos recuerdos á mi corazon; los navegantes la apellidan Perimelen, y con el tiempo fué una doncella á quien locamente amé. Su padre Hipodamas, furioso á causa de nuestros amores, la precipitó de lo alto de una peña al fondo del abismo, y próxima á espirar pude recogerla y llevarla conmigo miéntras flotó sobre mis aguas. —¡Oh tú! dije, cuyo imperio sólo cede al de los cielos, tú que reinas sobre los vastos mares, dios del tridente, tú á quien ofrecemos todos nosotros el tributo de nuestras aguas; Neptuno, muéstrate conmigo propicio y oye mi plegaria. Yo he sido causa del infortunio de esta infeliz que en mis brazos sostengo; á ser su padre ménos despiadado y cruel, habríase compadecido de ella y habría

perdonado mi culpa. Protégela, yo te lo ruego; concede un lugar á una jóven lanzada á las olas por un padre inhumano, ó haz que se convierta en una isla á la que pueda abrazar con mis aguas.—El dios de los mares inclinó la frente; con un movimiento de cabeza hizo estremecer su húmedo imperio, y en tanto iba nadando la Ninfa, cuyo seno estrechaba contra el mio. De pronto, en medio de sus caricias, siento que su cuerpo se endurece, que su pecho se cubre de profunda capa de tierra, y aún la estaba hablando, cuando sus miembros todos pierden la primitiva forma: la Ninfa quedó convertida en isla.»

Referiríanse aquellas tradiciones á la lucha de los dioses contra los Gigantes en la que tomó Poseidon activa parte. En la costa de Caria contábase que la isleta de Nisyros no era más que un fragmento de la peña que de la isla de Cos arrancara el dios para lanzarla contra el gigante Polybotes. Una antigua pintura le representa hiriendo con su tridente al gigante Efialtes al tiempo que precipita sobre él una gran roca ó un monte.

De análogas ideas derivaba el sobrenombre de *asphalion* (el que afirma la tierra) dado al dios en las llanuras de Tesalia: de aquel territorio se decía haber sido en remota antigüedad un gran lago, hasta que Poseidon, de un golpe de su tridente, dividió en dos la mole del Ossa, abrió con esto camino al Peneo, rio que recoge todas las aguas de la cuenca tesalina, y creó el deleitoso valle de Tempé. Era pues Poseidon, al tiempo que una divinidad que hendía las peñas y las montañas, un dios *constructor*, un dios que si sacudía y conmovía la tierra era para más afirmarla y apropiarla para morada del hombre. Las peñascosas islas del mar Egeo, cuyas sólidas moles se alzaban entre las agitadas olas, obra eran de Poseidon; y cuando en el año 237 ántes de la era cristiana una erupcion volcánica sumergió una parte de la isla de Thera y puso en seco un islote, á Poseidon fué debido; al ocuparlo los Rodios se apresuraron á erigirle un templo.

Á título de dios *constructor* atribuíanse á Poseidon las puertas de bronce que cerraban el Tártaro y tambien los muros de Troya, acerca de los que nos da la *Ilíada* dos tradiciones distintas. Segun la una, el dios del mar trabajó en ellos junto con Apolo, como él desterrado de la olímpica morada; á tenor de la otra, fué Poseidon el único artífice de aquella obra miéntras que Apolo apacentaba los ganados del rey Laomedonte. «¿Has olvidado, dícele Poseidon al excitarle al combate, los tormentos que en Ilion padecimos cuando, desterrados del Olimpo, dóciles al querer de Júpiter, hubimos de humillarnos hasta servir por espacio de un año al altivo Laomedonte y acatar sus mandatos? Al tiempo que yo rodeé la soberbia Troya de anchos é inexpugnables muros, tú, Apolo, guiabas los ganados á los pastos del monte Ida; y cuando las Horas risueñas trajeron el término de nuestro castigo, Laomedonte nos negó el convenido salario de nuestros trabajos y nos despidió con insolencia. Cegado por la ira llegó á amenazarte con venderte cargado de cadenas en las islas remotas, y juró que su acero había de imprimir en nosotros señal indeleble de ignominia. Enfurecidos por el inaudito ultraje y por la pérfida violacion de lo pactado, le dejamos. ¿Será acaso tal recuerdo lo que te mueve á favorecer á ese pueblo, en vez de unirte con nosotros para sepultar á los perjuros Troyanos, con sus majeres é hijos, en los escombros de Ilion?» La indigna conducta del rey no quedó sin castigo: las aguas del mar hicieron irrupcion en la comarca sembrando en ella la muerte, y al retirarse dejaron allí horrible monstruo marino que fué el terror de aquellos moradores. Hesione, hermosa hija de Laomedonte, sacrificándose por la salvacion de todos, fué entregada al furor del monstruo; pero no llegó á consumarse el sacrificio por haber Hércules acudido á libertarla.

El dios *constructor*, el dios tutelar de las murallas no era, repetimos, únicamente para las poblaciones continentales dios del mar y de los lagos, sino que de un modo más general lo era de cuantas aguas fecundan la tierra. La feliz union del agua y de la tierra, engendradora de los frutos que sustentan la vida, sería sin duda lo que quiso expresar el mítico lenguaje por medio de los amores de Poseidon con ninfas ó con hijas de fabulosos personajes. La Argólida, tierra de muy antiguo afligida de sequía y que por lo mismo debió de considerar el agua como inapreciable beneficio, fué muy rica en leyendas de este género.

Contábase en Trezeno, á lo que se lee en Pausanias, que Horo, primer habitante del país, tuvo una hija por nombre Leis. De ésta (la tierra cultivada), fecundada por Poseidon, había nacido Althepos, esto es el fruto alimenticio. Idea análoga constituía el fondo de la graciosa leyenda de Poseidon y Amymone.

Refiere Apolodoro que Juno y el dios del líquido elemento, aspirando ámbos á la supremacía en el reino de Argos, fundado por Inaco, eligieron á éste por árbitro de su comun pretension. Falló Inaco en favor de Juno, y Poseidon tomó de ello venganza dejando secos los rios del país. Así los encontró Danaos al llegar á aquella tierra, toda ella árida y sin vegetacion, y esto le movió á enviar en direcciones distintas á sus hijas en busca del necesario elemento. Una de ellas llamada Amymone divisó en su camino un ciervo al cual disparó una flecha, que en vez de herir al animal dió en un sátiro dormido; despierto ya precipitóse contra la doncella, y trataba de ejercer en ella violencia cuando presentándose Poseidon ahuyentó al insolente, y enamorado de Amymone le indicó el sitio donde manaban las fuentes de Lerna. Hygin, refiriendo la misma tradicion, dice que Amymone estaba dormida cuando el sátiro quiso ultrajarla, que á sus gritos acudió Poseidon, y que habiendo éste lanzado el tridente contra el ofensor clavóse en una peña inmediata; al retirarlo brotaron de allí tres hilos de agua que fueron la fuente de Lerna.